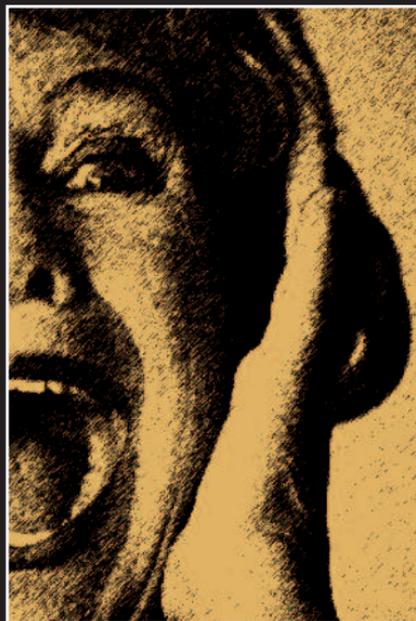


Paco Bezerra

El señor Ye ama los dragones

叶公好龙



**II PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA

El señor Ye ama los dragones

叶公好龙

Paco Bezerra
(Almería, 1978)

Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Literatura Dramática 2009, el Premio Nacional de Teatro Calderón de la Barca 2007, la Mención de Honor del Premio de Teatro Lope de Vega 2009, el Premio de Teatro Jóvenes Creadores de la Comunidad de Madrid 2005, el Premio Morales-Martínez / Barahona de Soto 2003 a la mejor obra de autor andaluz, el Premio Promoción de Almería en el Exterior 2009, y ha sido finalista de los premios Romero Esteo 2004 y Teatro Exprés 2002; ha publicado una decena de textos y ha sido traducido al inglés, rumano, francés, alemán, árabe, húngaro, griego e italiano, así como contratado por diferentes universidades y festivales de todo el mundo como profesor y conferenciante. Además, sus textos se han estrenado en Uruguay, Argentina, Puerto Rico y España, con dirección de escena de, entre otros, José Luis Gómez (Teatro de La Abadía) y Luis Luque (Producciones Andrea D'Odorico). Por otra parte, sus obras se han exhibido en forma de lectura dramatizada o semimontado en festivales de países como Francia, Chile, México, Argentina, Uruguay, Austria, Italia, Hungría, Inglaterra y Estados Unidos. Egresado del Laboratorio de Teatro William Layton y de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid (RESAD), ha cursado estudios de Interpretación y está licenciado en Dramaturgia y Ciencias Teatrales. Entre sus textos destacan títulos como *Dentro de la tierra*, *Ventaquemada*, *Grooming*, *La escuela de la desobediencia* y *Ahora empiezan las vacaciones*. En la actualidad trabaja como profesor en el Laboratorio de Teatro William Layton.

Paco Bezerra

El señor Ye ama los dragones

叶公好龙



© Paco Bezerra

© *De la presente edición:*

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:

Vicente A. Serrano

Cubierta:

Esperanza Santos

NIPO: 035-13-049-9

Hace ya dos años, el INAEM puso en marcha el Programa de Desarrollo de Dramaturgias Actuales como un nuevo instrumento al servicio de la creación en las artes escénicas, ya contrastado en los encargos de composición que viene realizando este Instituto. Los frutos de iniciativas como ésta suelen ser más evidentes en el largo plazo, pero el hecho es que en España está surgiendo una excelente generación de dramaturgos, lo que hace de estos encargos una parte más de un engranaje que desde la Administración Pública propicia el crecimiento de una generación que está llegando muy rápidamente a un estado de extraordinaria madurez. La publicación de los textos fruto de este Programa en la página web de la Muestra de Alicante –uno de los proyectos más sólidos en Europa para la promoción y el conocimiento de la dramaturgia contemporánea– significa la superación de barreras para que la excelente escritura de esta joven generación llegue a todas partes y encuentre su lugar en escenarios dentro y fuera de

nuestro país. A los seis escritores de la primera edición –Antonio Rojano, María Velasco, Jerónimo Cornelles, José Manuel Mora, Jodi Faura y Alberto Conejero– se suman en esta II edición otros seis: Diana Luque, Emiliano Pastor, Ferran Dordal, Julián Fuentes Reta, Mar Gómez Glez y Paco Bezerra. No es un detalle pequeño que cuatro de estos diez autores hayan obtenido el Premio Calderón de la Barca en los últimos años, o que uno de ellos, Paco Bezerra, sea Premio Nacional de Literatura Dramática. Para que una generación de dramaturgos pueda madurar en su tarea necesita más que el aplauso de un día, y ese es el sentido de este programa.

Miguel Ángel Recio Crespo
Director General del INAEM

El señor Ye ama los dragones

叶公好龙

A Mateo Linder Bettschen

El señor Ye ama los dragones

(Proverbio popular chino)

Personajes

MAGDALENA (sesenta y cinco)

SEÑORA WANG (cincuenta)

XIAOMEI (dieciocho)

AMPARO (cincuenta y cinco)

Tiempo

Año 4.711 del calendario lunisolar

Lugar

Interior de un faraónico conglomerado urbano de panales en forma de edificio colmena que, como una pirámide, se alza junto a una autovía que circunda y delimita la ciudad. Dentro del mamotreto vecinal de ladrillos y hormigón, compuesto por varios bloques con sus respectivos portales, sus habitantes están constituidos de forma muy parecida a como lo hacen las abejas en sus colonias: abajo los obreros, en medio los zánganos y, arriba del todo, la abeja reina.

Estructura

Infierno / Purgatorio / Paraíso

Los parlamentos escritos en chino van acompañados de su correspondiente traducción al castellano (a pie de página) y del sistema de transcripción fonética —*pinyin*—, para su correcta pronunciación.

La traducción de los textos al chino y su transcripción fonética al *pinyin* es un trabajo de la poetisa y sinóloga Pilar González España.

Nota del autor: es necesario que la traducción de los textos en chino al castellano sea proyectada durante la representación del texto.

Infierno

Sótano en penumbra del edificio colmena.

Una sola bombilla por pasillo ilumina el angustioso y lúgubre entramado de trasteros por el que MAGDALENA, una señora que va peinada como las reinas que de perfil figuran en las monedas, avanza con torpeza como si fuera un insecto atrapado en un recipiente de cristal. La mujer, agitada, camina hasta una desconchada puerta y se detiene frente a ella. Busca un timbre, pero no lo encuentra, así que toca y espera, pero no abre nadie. MAGDALENA vuelve a intentarlo, golpea la puerta una vez más y, de repente, ésta se abre sola, pero detrás no hay nadie, sólo tinieblas. Una bombilla procedente del interior de la casa se enciende y, bajo la luz, aparece la SEÑORA WANG, una mujer de origen oriental, que viste con una rebeca de hilo arrodalada y calza unas usadas chanclas de playa con calcetines rosas.

MAGDALENA.— *Hola, buenos días, me llamo Magdalena.*

La SEÑORA WANG no hace ni dice nada.

Soy la vecina del quinto. Me gustaría hablar un momento con su hija, si no es mucha molestia.

Pausa.

No sé si comprende lo que digo.

La SEÑORA WANG no hace ni dice nada.

Sabe quién soy, ¿no?

La SEÑORA WANG grita.

SEÑORA WANG.— 小妹，有个邻居敲门，现在她在这儿，过来，快点儿 / xiǎo mèi, yǒu gè línjū qiāomén, xiànzài tā zài zhèr, guò lái, kuài diǎn ér.¹

XIAOMEI, que va descalza y viste una camiseta a modo de camisón que le llega por encima de las rodillas, aparece y se coloca junto a su madre.

MAGDALENA.— Hola, buenos días, he intentado hablar con tu madre, pero me da la impresión de que no se ha enterado de nada.

Pausa.

Soy la vecina de arriba, del décimo.

XIAOMEI se pronuncia en un perfecto castellano.

XIAOMEI.— Mi madre no habla español, pero, si quiere decirle algo, puedo echarle una mano.

MAGDALENA.— Por cierto, feliz Navidad.

XIAOMEI no hace ni dice nada. MAGDALENA, un tanto aturdida, se pasa la mano por la frente y se echa el pelo hacia atrás.

La verdad es que siento molestaros tan temprano, pero anoche... Resulta que yo venía de la calle porque han organizado un ciclo de conciertos dentro de las iglesias, coros de villancicos y esas cosas... lo que pasa es que había un grupo de personas protestando en la plaza, la calle estaba cortada y la iglesia, cuando llegué, estaba hasta la bandera, así que me vine otra vez de vuelta al edificio. No sé que pasa últimamente, pero está todo lleno de revueltas.

MAGDALENA vuelve a pasarse la mano por la frente.

¹ ¡Xiaomei, una mujer ha tocado y está aquí, ven, corre!

Lo que quiero decir con esto es que, anoche, al entrar al edificio... me pareció ver algo dentro del portal.

XIAOMEI.— Algo como qué. No sé si la estoy entendiendo.

MAGDALENA.— Algo como una sombra que bajó corriendo las escaleras nada más verme aparecer.

XIAOMEI no dice nada.

Y ya es la segunda vez que me pasa.

XIAOMEI.— Si no le importa, preferiría dejar de hablar del tema.

MAGDALENA.— Cuando fui a darle a la luz, ya había desaparecido.

XIAOMEI agarra la puerta y se dispone a cerrar.

XIAOMEI.— Lo siento, pero mi madre y yo ni siquiera hemos desayunado y tenemos cosas que hacer.

MAGDALENA agarra la puerta y detiene a XIAOMEI en su acción.

MAGDALENA.— Anoche apenas me dio tiempo a verlo un segundo de espaldas, pero tú subías de aquí abajo y te lo cruzaste de frente por las escaleras.

XIAOMEI no quita la mano de la puerta.

La primera vez me subí corriendo a casa, pero anoche, no sé por qué, salí disparada detrás. Cuando llegué aquí abajo ya no había nadie, había desaparecido, como si se lo hubiese tragado la tierra.

XIAOMEI sigue agarrando la puerta.

XIAOMEI.— Le repito que tenemos cosas que hacer.

MAGDALENA.— No irás a dejarme con la palabra en la boca, ¿verdad?

XIAOMEI.— Por favor...

MAGDALENA.— No, dime, cómo te lo explicas.

XIAOMEI.— El qué.

MAGDALENA.— Que al llegar aquí abajo no hubiese ni rastro de esa cosa.

XIAOMEI.— Y qué quiere que le diga.

MAGDALENA.— El vuestro es el único domicilio que hay aquí abajo en el sótano, así que tu sabrás.

XIAOMEI.— No, el único no, también están los trasteros.

MAGDALENA.— Sí, pero los trasteros no son viviendas. Además, están cerrados y las llaves las tienen sólo los inquilinos.

XIAOMEI.— Entonces, vaya a preguntarle a los inquilinos.

MAGDALENA.— Es precisamente lo que he hecho. Por qué te crees si no que estoy aquí.

XIAOMEI.— ¿?

MAGDALENA.— Lo siento, pero o colaboras o no me va a quedar otra que ir a denunciaros a la Policía.

XIAOMEI.— ¿A dónde?

MAGDALENA.— Lo que has oído.

XIAOMEI.— ¿Y puede saberse qué hemos hecho nosotras para que vaya a denunciarnos a la Policía?

MAGDALENA.— Vender cerveza de forma ilegal y dar asilo a gente sin recursos.

XIAOMEI.— Eso no es cierto. Nosotras no vendemos de forma ilegal ni damos asilo a nadie.

MAGDALENA.— ¿Y el desfile de chinos con mochila que empieza a subir y bajar las escaleras a partir de medianoche?

XIAOMEI.— Que yo sepa, subir y bajar escaleras no es delito ninguno.

MAGDALENA.— Ya, pero lo que hacen con lo que llevan dentro de las mochilas, sí.

XIAOMEI.— ¿Y qué sabe usted lo que llevan dentro de las mochilas?

MAGDALENA.— Eso que lo averigüe la Policía, que para eso está. Esto no es un albergue, ni un supermercado. Además, hay niños y personas mayores que han empezado a tener miedo y ya no podemos más.

La SEÑORA WANG, preocupada, mira a XIAOMEI.

SEÑORA WANG.— *a XIAOMEI* 出什么事了, 小妹, 有什么问题? / Chū shénme shì le, xiǎo mèi, yǒu shénme wèntí?²

XIAOMEI.— *a la SEÑORA WANG* 没有, 没什么, 是我们的楼邻居的主席 / Méiyǒu, méi shénme, shì wǒmen de lóu línjū de zhǔxí.³

SEÑORA WANG.— *a XIAOMEI* 那你们聊, 什么聊了这么久? / Nà nǐmen liáo, shénme le zhème jiǔ?⁴

MAGDALENA comienza a sentirse incómoda ante la conversación.

² ¿Sucedo algo, Xiaomei? ¿Hay algún problema?

³ No, no es nada, es la presidenta de la Comunidad.

⁴ Pero, entonces, ¿de qué estáis hablando durante tanto tiempo?

MAGDALENA.— Perdona, pero no sé si sabéis que es de mala educación ponerse a hablar en otro idioma delante de una persona que no lo entiende.

XIAOMEI.— *a la SEÑORA WANG* 她看起来不太好 / Tā kàn qǐlái bú tài hǎo.⁵

SEÑORA WANG.— *a XIAOMEI* 为什么? 她怎么了? / Wèishénme? tā zěnmēle?⁶

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— *a la SEÑORA WANG* 我想她是头疼。她没有阿司匹林了。现在又是节日，所有店都关了，也许她下来是为了跟我们要一片。 / Wǒ xiǎng tā shì tóu téng. Tā méiyǒu āsīpǐlín le, xiànzài yòu shì jiérì, suǒyǒu diàn dōu guān le, yěxǔ tā xiàlái shì wèile gēn wǒmen yào yī piàn.⁷

De repente, la SEÑORA WANG deja de hablar con su hija y se dirige a MAGDALENA.

SEÑORA WANG.— *a MAGDALENA* 您想要一片阿司匹? / Nín xiǎngyào yī piàn āsīpǐlín?⁸

MAGDALENA.— ¿?

SEÑORA WANG.— *a MAGDALENA* 还是想要虎标万金油? / Háishi xiǎngyào hǔ biāo wànjīnyóu?⁹

⁵ Parece que no se encuentra muy bien.

⁶ ¿Por qué, qué le pasa?

⁷ Creo que le duele la cabeza. Se le habrán acabado las aspirinas, pero como es fiesta y está todo cerrado, a lo mejor ha bajado a pedirnos una.

⁸ ¿Quiere una aspirina?

⁹ ¿O prefiere bálsamo del tigre?

MAGDALENA.— *a XIAOMEI* ¿Me está hablando a mí?

SEÑORA WANG.— *a MAGDALENA* 我肯定她用虎标万金油就好了。我这就给她拿来。 /
Wǒ kěndìng tā yòng hǔ biāo wànjīnyóu jiù hào le yīdiǎnr. wǒ zhè
jiù gěi tā ná lái.¹⁰

La SEÑORA WANG se da la media vuelta y camina hasta que desaparece en el interior de la casa.

MAGDALENA.— Qué hace, adónde va.

XIAOMEI.— En dieciocho años es la primera vez que toca a nuestra puerta. Si le soy sincera, pensé que venía a invitar a mi madre a merendar.

MAGDALENA.— ¿Cómo has dicho?

XIAOMEI.— Que pensé que venía a invitar a mi madre a merendar.

MAGDALENA.— ¿Y eso por qué?

XIAOMEI.— Bueno, hoy es su cumpleaños, ¿no?

MAGDALENA.— No, mi cumpleaños ya pasó. No sé de dónde te habrás sacado eso, pero te equivocas.

XIAOMEI.— Me refiero al de mi madre.

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— Pensé que venía a felicitarla.

Silencio.

Un café y un trozo de tarta, esta tarde, a las cinco, en su apartamento. Y le contaré todo lo que sé.

MAGDALENA mira a XIAOMEI de arriba abajo.

¹⁰ Seguro que con bálsamo del tigre se le pasa. Ahora mismo se lo traigo.

MAGDALENA.— Habla claro. Todo lo que sabes sobre qué.

XIAOMEI.— Sobre la persona por la que ha venido a preguntarme.

MAGDALENA.— No me estarás chantajeando, ¿verdad?

XIAOMEI.— No, le estoy haciendo un favor.

MAGDALENA.— Un favor.

XIAOMEI.— Sí, porque si va y nos denuncia, lo único que va a conseguir es hacer el ridículo y ponerse en evidencia delante de todos sus vecinos, ya que, la persona por la que me pregunta, no es nadie de la calle, vive en este edificio y usted la conoce perfectamente.

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— ¿Por qué cree, si no, que se envuelve en una manta y se tapa la cabeza con una bolsa?

MAGDALENA no responde.

Para que nadie lo reconozca.

Pausa.

MAGDALENA.— A qué viene todo esto.

XIAOMEI.— Me pidió que colaborase, ¿no?

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— Pues ya lo estoy haciendo.

MAGDALENA.— ¿Esa cosa, un vecino del edificio? A estas alturas no pretenderás que me meta el dedo en la boca, ¿verdad?

XIAOMEI.— Sí.

MAGDALENA.— Sí, qué.

XIAOMEI no contesta.

¿Que es alguien del edificio o que pretendes meterme el dedo en la boca?

XIAOMEI no responde.

Lo dices para confundirme, ¿no?

XIAOMEI no dice nada.

Todo esto, lo haces para despistarme.

XIAOMEI.— No, lo hago porque mi madre se va a morir.

Silencio.

Según el médico, hace ya algunas semanas, sólo le quedaban dos meses de vida. Con suerte, me han dicho que llegará al año que viene.

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— La pena es que, dentro poco, ya no se acordará de nada. Tiene arteriosclerosis cerebral, pero ella no lo sabe. Bueno, sí que lo sabe, pero a veces se le olvida.

MAGDALENA.— El año que viene es dentro de doce meses. Estamos en la primera semana de enero. Te lo digo porque, con las prisas, lo mismo te has puesto nerviosa y has calculado mal.

XIAOMEI.— No, no he calculado mal, del portal para arriba puede que sea enero, pero del portal para abajo estamos en el 4.711 y el año nuevo comienza dentro de tres semanas.

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— De su casa a la nuestra, en apariencia, apenas nos separan unos cuantos pisos, pero lo cierto es que estamos a más de 2.900 años de distancia.

Pausa.

A lo mejor es por eso por lo que ha tardado tanto tiempo en llegar.

MAGDALENA *vuelve a examinar a XIAOMEI de arriba abajo.*

MAGDALENA.— Dónde has aprendido a hablar así.

XIAOMEI.— Cómo.

MAGDALENA.— Así, como si no fueses china.

XIAOMEI se ríe.

De qué te ríes.

XIAOMEI.— De usted.

MAGDALENA.— ¿De mí?

XIAOMEI.— Sí, porque no soy china.

MAGDALENA.— Ah, ¿no?

XIAOMEI.— No.

MAGDALENA.— Y de dónde eres, entonces.

XIAOMEI.— De aquí.

MAGDALENA.— De aquí de dónde.

XIAOMEI.— De este sótano.

MAGDALENA.— Nadie es de un sótano. No digas tonterías.

XIAOMEI.— La gente es de donde nace y de donde ha vivido. Yo nací aquí y aquí me ve. De dónde quiere que sea.

La SEÑORA WANG aparece de nuevo, se coloca junto a su hija y le ofrece un pequeño bote a MAGDALENA.

SEÑORA WANG.— *a MAGDALENA* 当我弄得时候，你脸朝上放松的躺下，为着太阳穴转圈按摩。一会儿就没事儿了。 / *dāng wǒ nòng de shíhòu nǐ liǎn cháo shàng fàngsōng de tǎng xià, wèi zhe tàiyángxué zhuǎn quān ànmó. yīhuìr jiù méi shìr le.*¹¹

MAGDALENA, que no ha entendido nada, mira a XIAOMEI.

A XIAOMEI 如果没好，明天让她下来我给她按摩。告诉她。 / *rúguǒ méi hǎo, míngtiān ràng tā xiàlái wǒ gěi tā ànmó, gàosu tā.*¹²

XIAOMEI.— Es una pomada. Se llama bálsamo del tigre. Problemas musculares, tos y picaduras de mosquitos. Lo hay rojo y verde.

MAGDALENA mira el bote, pero no lo coge.

Yo creo que le vio mala cara y pensó que bajó a tocarnos porque le dolía la cabeza, aunque también puede verlo como un regalo de bienvenida, en agradecimiento de que, después de tantos años, por fin se haya dignado a tocar a nuestra puerta.

XIAOMEI agarra la puerta y se dispone a cerrar, pero MAGDALENA se lo impide.

MAGDALENA.— ¿Y en otra parte?

XIAOMEI.— ¿?

MAGDALENA.— El café, digo, ¿puede ser en otra parte o tiene que ser en mi casa?

¹¹ Cuando se lo eche, hay que tumbarse boca arriba relajada y darse un masaje haciendo círculos alrededor de las sienes. Ya verá como en un momento se le pasa.

¹² Si no se mejora, que baje mañana y le doy un masaje. Díselo.

XIAOMEI.— Piénseselo, si quiere. Nosotras no vamos a movernos de aquí en todo el día.

MAGDALENA.— Ya, pero ¿puede venir alguien más o tengo que estar yo sola?

XIAOMEI.— ¿Hay algún problema?

MAGDALENA.— No, nada. Es sólo que no sé si puedo llamar a alguien más.

XIAOMEI no responde.

A Amparo, la del quinto, por ejemplo.

XIAOMEI no dice nada.

No sé.

XIAOMEI.— La oigo hablar y ¿sabe a quién me recuerda?

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— Al señor Ye. ¿Lo conoce?

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— Un hombre que adoraba los dragones y que los tenía pintados por toda su casa: las sábanas, las paredes, las cortinas, el pijama... hasta el cuerpo lo tenía entero tatuado de dragones escupiendo fuego por la boca. ¿Sabe a quién me refiero?

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— ¿Quiere que termine de contarle la historia?

MAGDALENA, que no contesta, vuelve a llevarse la mano a la frente.

¿Le ocurre algo, señora? ¿Se encuentra bien?

La luz de la bombilla del sótano parpadea. MAGDALENA se da la media vuelta para mirar qué ocurre y XIAOMEI cierra

la puerta. MAGDALENA vuelve a girarse, pero allí ya no hay nadie. XIAOMEI y la SEÑORA WANG han desaparecido y ella ha vuelto a quedarse sola en el sótano, como al principio, en mitad de la penumbra. De repente, comienza a escucharse un sonido ancestral y telúrico, de cascabeles, viento y fuego, que, lejano, se aproxima como si fuera una nube gigantesca compuesta por millones de abejorros. Tras los abejorros, la letanía metálica de una marcha militar eléctrica. MAGDALENA se lleva las palmas de las manos a las orejas y, presionándolas con fuerza, se tapa los oídos. La bombilla estalla en mil pedazos y todo se queda a oscuras.

Purgatorio

Quinto piso. Cuarto de estar de la casa de AMPARO: una señora menor que MAGDALENA, que lleva un jersey estampado y tiene problemas de sobrepeso. Brillando en un lugar preferente de la estancia, un árbol de Navidad coronado por una estrella y engalanado con luces de colores y fantasía de espumillón. Las luces del árbol, como los ojos de un insecto, no cesan de parpadear. La casa es pequeña, está desordenada y tiene una decoración bastante dudosa. El árbol tiene también una decoración bastante dudosa. En la tele están dando las noticias. AMPARO, con una manta tapándole las piernas, y sin prestar atención a lo que dicen a través de la caja tonta, come turrón mientras hace crucigramas.

INFORMATIVOS.— El Presidente del Gobierno se reunió esta mañana con los presidentes de las diecisiete regiones del país. En el encuentro, todas las comunidades reiteraron su compromiso con los objetivos de reducción del déficit para los próximos años. La economía sigue en recesión y la tasa de desempleo alcanza máximos históricos. El Presidente dejó claro que un rescate de la economía global del país es inminente. Aumenta la presión de los mercados para que la capital pida la asistencia. A mediados del año pasado el país obtuvo de la eurozona una ayuda de hasta cien mil millones de euros para sus bancos, pero, ahora, el Go-

bierno, aunque dice lo contrario, se resiste a pedir un rescate global para su economía. La razón no es otra que el temor a la imposición de nuevas condiciones que podrían alimentar aún más el descontento social.

Suena el timbre. AMPARO agarra el mando a distancia y baja un par de puntos el volumen del televisor.

AMPARO.— ¿Sí?

INFORMATIVOS.— El Gobierno ha anunciado que la situación del país es crítica y delicada...

Vuelven a tocar al timbre.

AMPARO.— ¿Quién es?

INFORMATIVOS.— Ya que el número de desempleados inscritos en los servicios públicos de empleo...

AMPARO se quita la manta de encima de las piernas, se levanta, deja sobre la mesa el libro de crucigramas y camina con el trozo de turrón en la mano hasta la puerta. Vuelven a tocar al timbre.

AMPARO.— ¡Ya va! ¡Ya va!

INFORMATIVOS.— Creció en casi trescientas mil personas en el recién finalizado año...

AMPARO pega su ojo a la mirilla y abre la puerta. Al otro lado está MAGDALENA. En la tele siguen dando las noticias.

MAGDALENA.— ¿Puedo pasar un momento?

AMPARO.— Chica, qué forma de tocar al timbre.

MAGDALENA.— Anda, déjame entrar.

AMPARO.— Vaya cara traes. ¿De dónde vienes tan temprano?

MAGDALENA entra en la casa de AMPARO y camina hasta el salón.

MAGDALENA.— Llevo toda la noche sin pegar ojo. Estuve a punto de llamarte, pero ya era tarde y no quería molestar.

INFORMATIVOS.— Por lo que, a día de hoy, y una vez finalizado el último trimestre del año...

AMPARO cierra la puerta y se dirige de nuevo al salón.

Se puede afirmar que el paro ha conseguido su peor cifra...

MAGDALENA.— ¿Qué haces?

AMPARO.— Lo de siempre, crucigramas y engordar. Si no fuera porque sé mantener conversaciones y, de vez en cuando, me hago un par de autodefinidos, no habría diferencia alguna entre esto que ves aquí y un pedazo de cochino.

INFORMATIVOS.— Superando, por primera vez en la historia, los seis millones doscientos mil parados.

MAGDALENA.— Mira que eres bruta.

AMPARO.— Hace media hora que desayuné y ya me estoy empujando el primer trozo de turrón. ¿Tú lo ves normal?

MAGDALENA.— Yo, últimamente, no veo nada normal, así que a mí no me preguntes.

AMPARO.— Pues no sé si es el frío, la Navidad o qué me pasa, pero me siento como si estuviéramos en mitad de

una guerra. Tengo más hambre que un piojo en una peluca. A todo esto, no me has dicho nada.

AMPARO da una vuelta completa sobre sí misma, como si fuera una peonza.

INFORMATIVOS.— Durante el año pasado, 500 familias han sido desahuciadas a diario y medio millón han perdido sus casas desde 2008. La violencia y los robos a plena luz del día aumentan en todas las provincias del país sin que las fuerzas de seguridad consigan mantener el orden. Miles de trabajadores afectados, recortes en la sanidad y la educación pública...

AMPARO.— ¿O es que no te has dado cuenta?

MAGDALENA no responde.

Es mono, ¿no? Me lo he comprado en las Rebajas.

MAGDALENA.— ¿El jersey?

AMPARO.— Qué pasa, ¿que no te gusta?

MAGDALENA.— Sí, es muy bonito.

AMPARO.— Podías elegir dos y te llevabas uno. Distintos estampados, pero el mismo modelo. Ponía: dos al precio de uno.

AMPARO le ofrece a MAGDALENA un trozo de turrón.

Por cierto, no te he ofrecido. ¿Quieres un cacho?

MAGDALENA.— No, gracias, no tengo hambre.

AMPARO.— Está duro, pero puedo ablandarlo dándole un par de vueltas en el microondas.

MAGDALENA.— No, gracias, no hace falta.

INFORMATIVOS.— Cierre de pequeñas sucursales, huelgas en los principales aeropuertos del territorio nacional,

estaciones abandonadas, falta de personal en los hospitales y un largo etcétera que hace que las concentraciones sean cada vez más y más multitudinarias.

MAGDALENA.— ¿Podrías bajarla un momento, por favor?

AMPARO.— ¿El qué, la tele?

MAGDALENA.— Sí, es que quiero contarte una cosa.

AMPARO.— ¿? Pero si no está alta.

MAGDALENA agarra el mando a distancia y baja el volumen hasta que no se oye nada.

INFORMATIVOS.— Por otro lado, los máximos dirigentes siguen justificándose, a pesar de que los servicios mínimos no terminan de cumplirse y las calles continúan todavía con toneladas de basura sin recoger. Las protestas...

AMPARO.— ¿Y ese humor? ¿Qué te pasa?

En la tele continúan viéndose imágenes sin sonido de anti-disturbios, estaciones de tren abandonadas y comercios cerrados.

MAGDALENA.— Anoche volví a verlo.

AMPARO.— A quién.

MAGDALENA.— Al mendigo de la manta.

AMPARO.— ¿?

MAGDALENA.— En el portal.

AMPARO, intrigada, se lleva de nuevo el pedazo de turrón a la boca y, sin quitarle ojo de encima a MAGDALENA, lo mordisquea como una ardilla.

Vas a pensar que he perdido la cabeza, pero salí corriendo detrás de él.

AMPARO deja de mordisquear el turrón y se lo retira de la boca.

Pausa.

AMPARO.— ¿Cómo que saliste corriendo detrás de él?

MAGDALENA.— Pues que, en vez de coger el ascensor y subirme a casa, lo perseguí hasta el sótano.

AMPARO.— ¿Tú sola?

MAGDALENA.— Sí, lo que pasa es que al llegar abajo ya no había nadie.

AMPARO.— Yo no sé si hubiese sido capaz.

MAGDALENA.— ¿Tú cómo me ves?

AMPARO.— ¿Yo?

MAGDALENA.— Sí, sinceramente. Tú, que me conoces, ¿cómo me ves?

AMPARO.— Pues no sé. ¿Y por qué me preguntas eso?

MAGDALENA.— Esta mañana, a primera hora, he vuelto a bajar.

AMPARO.— A dónde.

MAGDALENA.— Al sótano. De hecho, vengo ahora mismo de allí.

AMPARO.— ¿Y qué has ido a hacer otra vez al sótano?

MAGDALENA.— Baje a tocar donde las chinas.

AMPARO.— ¿Qué chinas?

MAGDALENA.— Las de abajo.

AMPARO.— ¿?

AMPARO no hace ni dice nada. MAGDALENA saca de su bolsillo un bote y se lo da a AMPARO.

MAGDALENA.— Dolores de cabeza, tos y picaduras de mosquito. Lo hay rojo y verde.

AMPARO.— ¿Qué me das?

MAGDALENA.— Se llama bálsamo del tigre.

AMPARO agarra el bote de la mano de MAGDALENA.

Me lo acaban de regalar ellas.

Silencio.

AMPARO.— No hablas en serio.

MAGDALENA.— Y por qué te iba a engañar.

AMPARO.— Te recuerdo que el día de los inocentes ya pasó.

MAGDALENA.— Anoche, mientras esa cosa huía corriendo por las escaleras, la niña se la cruzó de frente y la vio. Dice que no es nadie de la calle y que vive en el edificio.

AMPARO.— ¿?

MAGDALENA.— El mendigo de la manta. Y que por eso va tapado.

AMPARO.— ¿?

MAGDALENA.— Para que nadie lo reconozca.

AMPARO.— Pero vamos a ver, Magdalena, que yo me entere, ¿qué me estás contando?

MAGDALENA.— La niña me dijo que hoy era el cumpleaños de la madre y que si quería que me dijera de qué vecino se trataba...

Pausa.

No te lo vas a creer, pero las he invitado a merendar.

AMPARO.— ¿?

MAGDALENA.— Esta tarde, en mi casa, a las dos, a la madre y a la hija. Lo que pasa es que me dijo que tenías que estar tú.

AMPARO.— ¿Cómo que tenía que estar yo?

MAGDALENA.— Sí, que si estabas tú nos diría quién es, pero que si no, no abriría el pico.

AMPARO.— No es por nada, pero si es una broma, hace ya rato que dejó de tener gracia.

MAGDALENA.— No es ninguna broma. Me pidieron un café y un trozo de tarta y les dije que sí.

AMPARO.— No me puedo creer que me estés hablando en serio.

MAGDALENA.— No van a ser más de quince minutos.

AMPARO.— Ni quince, ni veinte. A mí me explicas las cosas bien o yo no voy a ninguna parte, y menos a sentarme a la mesa con ese par de cucarachas.

MAGDALENA.— Ya les dije que sí, que se subieran a las cinco.

AMPARO.— Pues ahora vas y les dices que no. Además, ¿a ti qué te importa el mendigo de la manta? Que seas la presidenta de la comunidad no quiere decir que tengas que hacerte responsable de todo lo que pasa en el edificio. Hay una cosa que se llama Policía, por si no lo sabes. Tú los llamas, ellos vienen y se encargan del asunto. No tiene mucho misterio. Y así te dejas de carreritas por las escaleras. Como si no tuvieras otra cosa mejor que hacer.

MAGDALENA.— ¿Tú le diste a tu hija la llave del trastero?

AMPARO.— ¿? De qué trastero.

MAGDALENA.— Del tuyo.

AMPARO.— Por qué.

MAGDALENA.— ¿Se la diste o no?

AMPARO.— ¿? No lo sé, pero como sigas dirigiéndote a mí en ese tono me vas a terminar poniendo nerviosa.

MAGDALENA.— Dime.

AMPARO.— ¿Cómo que “dime”? ¿Y a ti qué te importa si le he dado o no a mi hija la llave del trastero?

MAGDALENA.— Creo que es ella.

AMPARO.— ¿?

MAGDALENA.— Tu hija, Amparo.

Pausa.

El mendigo de la manta.

AMPARO.— ¿Pero tú te has dado un golpe contra la pared o es que te has caído rodando por las escaleras?

MAGDALENA.— Escúchame un momento.

AMPARO.— ¿Que te escuche? ¿Pero qué iba a estar haciendo mi hija ahí abajo envuelta en una manta? Di, a ver.

MAGDALENA.— Pues lo mismo que ha hecho siempre aquí arriba en tu casa, pero en el trastero.

AMPARO.— De verdad que no entiendo por qué cada vez que pasa algo en el edificio, fuerzan una puerta o desaparece un extintor, lo primero que hacéis todos es pensar en mi hija.

MAGDALENA.— Marina ha cambiado. Tú lo sabes mejor que nadie.

AMPARO.— Claro que ha cambiado, porque ya no es una niña, ahora es una mujer.

MAGDALENA.— Sí, una mujer de dieciocho años que toma drogas, bebe alcohol y, además, se ha ido a vivir con un hombre al que ni tu marido ni tú conocéis.

AMPARO.— No te pego un tortazo porque estamos en Navidad, pero que sepas que ahora mismo te arreaba un bofetón que te arrancaba la cabeza de cuajo. Con lo a gusto que estaba yo aquí con los crucigramas, no sé para qué has tenido que venir.

MAGDALENA.— Pues sí, la verdad es que tendría que haberme negado a invitarlas y haber ido directamente a la Policía. Esto me pasa por pensar en tu hija y en ti.

AMPARO.— Eso va a ser, que tienes un corazón tan grande que no te cabe en el pecho. Te mereces el cielo entero para ti sola.

MAGDALENA.— Le diste a tu hija la llave del trastero, ¿sí o no?

AMPARO.— Pues, mira, ahora no me acuerdo, pero lo que sí te puedo decir es que Marina está rehabilitada, que este edificio es muy grande y que aquí dentro vive mucha gente.

MAGDALENA.— De sobra sabes que no sería la primera vez que se desengancha y se vuelve a enganchar otra vez.

AMPARO.— Vete a la mierda.

MAGDALENA.— Tienes la lengua más sucia que el pecho de una culebra.

AMPARO.— Y tú el cerebro más frito que un torrezno.

MAGDALENA.— ¡Mueve el pandero y busca la llave!

AMPARO camina hasta un mueble cercano, abre varios cajones y se pone a buscar la llave. MAGDALENA deambula por la habitación.

Aunque, con el caos que hay siempre en esta casa, y lo desordenado que lo tienes todo, dudo que des con ella.

AMPARO.— Como la encuentre, te la tragas.

MAGDALENA pasa la yema del dedo por encima de uno de los muebles y se la mira. AMPARO sigue buscando la llave.

MAGDALENA.— Digo yo que, antes de traeros aquí a tu madre, habrás pensado en adecentar todo esto un poco, ¿no?

AMPARO.— Qué va, Eusebio no quiere. Al final dice que no, que no nos la traemos.

MAGDALENA.— ¿Y qué vas a hacer?

AMPARO.— Pues no lo sé, pero dice que si su madre se murió sola y en su casa, por qué va a tener que morirse la mía en la nuestra y rodeada de gente.

MAGDALENA.— Pues también lleva razón.

MAGDALENA camina hasta la ventana y se queda mirando a través de ella. AMPARO sigue buscando la llave.

AMPARO.— ¿Dónde se habrá metido la maldita llave?

Pausa.

MAGDALENA.— Oye, Amparo, ¿qué pasa ahí fuera?

AMPARO no contesta.

¿Has visto eso?

AMPARO deja de buscar y mira a MAGDALENA, que continúa con la cara pegada al cristal de la ventana.

¿Por qué no se ve nada?

AMPARO.— Esta mañana, antes de que saliera el Sol, empezó a bajar la niebla y ahí sigue. Parece como si alguien le hubiese pegado fuego a la calle.

MAGDALENA.— O como si nos hubieran metido a todos dentro de una hoguera gigante.

AMPARO.— En la tele han dicho que, por lo menos, durará hasta la semana que viene, y que habrá que ir acostumbrándose a la oscuridad.

AMPARO camina hacia la ventana, se coloca junto a MAGDALENA y, como ella, pierde su vista en el exterior.

MAGDALENA.— Es increíble la capa tan gruesa de niebla que se ha formado en el cielo.

AMPARO.— Hace un rato salí a comprar pan y enseguida me di la vuelta. No se veía un alma. La calle parecía un cementerio y los faros de los coches las velas encendidas que les ponen en las tumbas a los muertos.

MAGDALENA.— Anoche estaba todo cuajado de estrellas y hoy parece la boca de un lobo. Como si alguien le hubiese echado una capa de alquitrán por encima. No recuerdo haber visto una niebla como la de hoy en años.

AMPARO.— El Infierno adentrándose en la Tierra y el cielo con una venda en los ojos. Si Dios está al otro lado,

seguro que no se debe de estar enterando de nada.

Las dos mujeres continúan mirando a través de la ventana.

Silencio.

A veces lo pienso y... ¿sabes?

MAGDALENA no responde.

Es como si mi hija no fuese una niña y fuese otra cosa.

Pausa.

Otra cosa que, de pequeña, se parecía mucho a una niña, pero que nunca lo fue.

Pausa.

A veces lo pienso y es como si mi hija... en vez una mujer, fuese... no sé, una piedra.

Pausa.

O una pelota.

Pausa.

Sí, una pelota que llevase tirada en el suelo desde que la traje al mundo y a la que la gente no ha parado de darle patadas.

MAGDALENA quita la vista del exterior y mira a AMPARO.

MAGDALENA.— ¿Tú crees que sospecharán algo de lo de las heces y el agua?

AMPARO quita la vista de la ventana y mira a MAGDALENA.

AMPARO.— ¿De lo de las heces y el agua? No, no creo. Eso fue hace mucho. Pero de lo del coche y de lo de las pintadas, puede que sí, porque ahí todavía no llevabas la careta.

MAGDALENA camina hasta la mesa, agarra una jarra y se echa un vaso de agua.

MAGDALENA.— Tienes razón...

MAGDALENA deja el vaso vacío sobre la mesa y se queda pensativa.

Ahí todavía no llevaba la careta.

AMPARO.— Pues, ahora que caigo... yo creo que sí, que lo mismo me la pidió y se la di.

MAGDALENA sale de su ensimismamiento y mira de nuevo a AMPARO.

MAGDALENA.— Perdona, no te he oído. ¿Decías algo?

AMPARO.— La llave, que no la encuentro.

MAGDALENA.— ¿Tienes copia?

AMPARO.— No.

MAGDALENA camina hacia la puerta por la que entró.

MAGDALENA.— Pues prepara una tarta y súbete un rato antes de las cinco.

AMPARO.— ¿Una tarta de qué tipo?

MAGDALENA.— Del que sea.

MAGDALENA, que está otra vez en la puerta, la abre y se dirige de nuevo a AMPARO.

Échale nata o un chorro de merengue por encima y listo. Tampoco te entretengas mucho.

AMPARO.— Está bien. ¿A qué hora has dicho?

MAGDALENA.— A las cinco.

MAGDALENA sale y cierra la puerta.

AMPARO.— Allí estaré.

AMPARO, sola y pensativa en el salón, camina de nuevo hasta la mesa, agarra el mando de la tele y comienza a subirle

el volumen que MAGDALENA le quitó. En el televisor ya no están emitiendo las noticias. Ahora están echando algo parecido al Concierto de Navidad, en donde un coro interpreta el Villancico de las campanas de Mikola Leontovych. AMPARO agarra la manta con la que antes de que llegara MAGDALENA se estaba tapando las piernas y se la echa por encima cubriéndose los hombros, como si fuera una capa. En la tele siguen interpretando el Villancico de las campanas. AMPARO agarra los extremos de la manta, comienza a envolverse en ella y desaparece caminando hacia el interior de la vivienda.

En el sótano, XIAOMEI y la SEÑORA WANG, salen de casa y caminan juntas hacia la escalera. En el décimo, MAGDALENA prepara la mesa para la merienda con un mantel y unos platos. (Tanto la estructura como la decoración del domicilio de MAGDALENA recuerda a la antigua forma de organizar el espacio de los hogares de los años cuarenta: un Cristo colgado de la pared, una banderita de España, tapetes de ganchillo y muebles estilo resentimiento. Sobre la mesa del teléfono, un montón de cartas sin abrir y un marco con una foto en la que sale ella junto a su esposo. En una esquina hay un árbol de Navidad, éste mejor decorado que el de AMPARO.) AMPARO, en el quinto, con un bizcocho entre las manos, sale de casa y avanza por el pasillo hasta el ascensor. La SEÑORA WANG, al pie de la escalera, se agarra del brazo de su hija y, peldaño a peldaño, comienzan a subir lentamente. MAGDALENA, en el décimo, sigue con los preparativos para la merienda. AMPARO, en el quinto, coge el ascensor y comienza a subir hasta el décimo. XIAOMEI y su madre siguen subiendo las escaleras lentamente del sótano al portal. MAGDALENA, en el décimo, coloca una taza so-

*bre cada uno de los platos, y, junto a los platos, una cuchari-
lla de café. AMPARO sale del ascensor con el bizcocho y ca-
mina hasta situarse frente a la puerta de MAGDALENA.
XIAOMEI y su madre, que han terminado de subir las esca-
leras y ya están en el portal, cogen el ascensor y se elevan
hasta la décima planta. MAGDALENA coloca una torre de
servilletas y una jarra de agua en el centro de la mesa. AM-
PARO toca al timbre de su vecina y ésta le abre la puerta.
AMPARO entra en casa de MAGDALENA y le da el bizcocho.
MAGDALENA se lleva el bizcocho a la cocina. El ascensor,
que acaba de llegar al décimo, se abre solo y la SEÑORA
WANG y XIAOMEI salen de él caminando inseparables por
el pasillo rumbo a la casa de MAGDALENA. Una vez allí,
XIAOMEI toca al timbre. Dentro, AMPARO y MAGDALENA
miran el reloj, que marca las cinco.*

Silencio.

*MAGDALENA mira a AMPARO, que le hace una señal de
aprobación y la primera camina hasta la puerta y abre.*

Paraíso

MAGDALENA y AMPARO, dentro de la casa, y XIAOMEI y la SEÑORA WANG, en el pasillo, se miran entre las cuatro sin decirse nada. XIAOMEI rompe el hielo y se pronuncia.

XIAOMEI.— Hola, buenas tardes.

La SEÑORA WANG hace una especie de reverencia.

SEÑORA WANG.— 下午好。 / Xiàwǔ hǎo.¹³

XIAOMEI.— Habíamos quedado a las cinco, si no me equivoco.

MAGDALENA hace un gesto con la mano invitándolas a pasar.

MAGDALENA.— Adelante, por favor. No os quedéis en la puerta.

XIAOMEI.— a la SEÑORA WANG 走吧, 妈妈。 / Zǒubā, māma.¹⁴

La SEÑORA WANG, cogida del brazo de su hija, se introduce dentro de la casa.

A MAGDALENA Gracias, muy amable.

¹³ Muy buenas tardes.

¹⁴ Vamos, mamá.

SEÑORA WANG.— 谢谢。 / Xièxie.¹⁵

MAGDALENA.— No hay de qué.

XIAOMEI.— a la SEÑORA WANG 从这走，妈妈，跟着我。 / Cóng zhè zǒu, māma, gēn zhe wǒ.¹⁶

MAGDALENA adelanta a sus vecinas orientales, camina hasta la mesa y allí espera a XIAOMEI y a su madre, a las que invita a tomar asiento. Madre e hija se sientan y echan un vistazo a su alrededor. AMPARO, que no se ha movido del sitio, observa la escena desde la puerta, que aún sigue de par en par.

SEÑORA WANG.— 这个地方太惬意了，是不是？ / Zhègè dìfāng tài qièyì le, shìbúshì?¹⁷

XIAOMEI.— 嗯，挺漂亮一个房子。 / Ng, tǐng piàoliàng yī gè fángzǐ.¹⁸

SEÑORA WANG.— 她们看起来也特别好亲近。 / Tāmen kàn qǐlái yě tèbié hǎo qīnjìn.¹⁹

XIAOMEI.— 我们搬家来这座楼住的第一天，这些这么友好的邻居就来敲我们的门请我们吃午餐，这难道不是件幸运的事？ / Women bānjiā lái zhè zuò lóu zhù de dì yī tiān, zhè xiē zhème yòu hǎo de línjū jiù lái qiāo wǒmen de mén qǐng wǒmen chī wǔcān, zhè nán dào bú shì jiàn xìngyùn de shì ma?²⁰

¹⁵ Gracias.

¹⁶ Por aquí, mamá, sígueme.

¹⁷ Qué sitio más agradable, ¿no?

¹⁸ Sí, es una casa muy bonita.

¹⁹ Y qué simpáticas parecen ellas.

²⁰ ¿No es una suerte que el primer día que nos cambiamos de casa y nos venimos a vivir a este edificio, estas vecinas tan amables hayan venido a tocarnos a la puerta para invitarnos a merendar?

SEÑORA WANG.— 是，很幸运。 / Shi, hěn xìngyùn.²¹

XIAOMEI y la SEÑORA WANG miran a sus vecinas y les sonríen.

MAGDALENA.— Voy por la cafetera. Vuelvo enseguida.

MAGDALENA se retira a la cocina y XIAOMEI y la SEÑORA WANG miran a AMPARO, que continúa junto a la puerta abierta de la entrada.

Silencio.

XIAOMEI le echa otro vistazo a la casa. MAGDALENA aparece sujetando una bandeja con la cafetera, dos jarritas de leche y el azucarero.

MAGDALENA.— a AMPARO Amparo, cariño, ven y ayúdame con la bandeja.

AMPARO cierra la puerta, camina hasta situarse junto a la mesa y agarra la bandeja de manos de MAGDALENA.

AMPARO.— Trae, que ya sirvo yo. A XIAOMEI ¿Solo o manchada?

XIAOMEI.— Manchada, por favor.

AMPARO.— ¿Y la leche?

XIAOMEI.— La leche caliente, si puede ser.

AMPARO.— a MAGDALENA ¿Hay leche caliente?

MAGDALENA.— Sí, en la otra jarra.

AMPARO agarra la jarra de leche caliente y le sirve a XIAOMEI.

²¹ Sí, es una suerte.

AMPARO.— a XIAOMEI ¿Tu madre?

XIAOMEI.— Ella, igual, gracias.

AMPARO comienza a servir los cafés de oriente a occidente.

SEÑORA WANG.— 非常感谢。 / Fēicháng gǎnxiè.²²

XIAOMEI.— Gracias.

AMPARO.— Tú, Magdalena, como siempre, ¿no?

MAGDALENA.— Sí, yo como siempre.

AMPARO le sirve a MAGDALENA su café. MAGDALENA agarra el azucarero y lo coloca en el centro de la mesa.

El azúcar, al gusto, que cada una se sirva la que quiera.

XIAOMEI.— A nosotras es que nos gusta amargo.

MAGDALENA agarra el azucarero y empieza a echarse varias cucharadas en el café.

MAGDALENA.— A mí, no, yo sí que le echo, y bastante, porque si no me sabe a alcantarilla. Aunque con azúcar y todo me sigue sabiendo a pozo negro. En realidad, no sé por qué sigo tomando café.

MAGDALENA remueve con la cucharilla el azúcar en el café, AMPARO se sirve el suyo y se sienta a la mesa. Las cuatro levantan la taza en alto y beben a la par.

Silencio.

XIAOMEI.— Bueno... ¿Y de qué podríamos hablar?

Nadie responde.

Porque digo yo que tendremos que hablar de algo, ¿no?

²² Muchas gracias.

AMPARO y MAGDALENA se miran sin saber lo que decir.

¿Se saben algún chiste?

Nadie responde.

Yo me sé uno. No sé si les hará gracia, pero es el único que me sé. A ver: cuál es la diferencia entre un chino y un plato lleno de mierda.

No hay réplica.

Entre un chino y un plato lleno de mierda: cuál creen que puede ser la diferencia.

Nadie dice nada.

El plato.

Nadie se ríe.

La diferencia es el plato.

Pausa.

Es bueno, ¿no?

No hay réplica.

¿No les ha hecho gracia?

Nadie responde.

A ver si con este otro... Un español, un francés, un inglés y un chino van en un avión y el avión empieza a tambalearse. Entonces, sale el piloto de la cabina y le dice a los cuatro tripulantes: «Lo siento, pero hay uno que va a tener que tirarse». Y dice el inglés: «Yo, por Inglaterra, el Big Beng y la cerveza, me tiro de cabeza». Y se tira. El avión vuelve a estabilizarse, pero a los quince minutos o así el avión se desestabiliza otra vez, sale el piloto de la cabina y le dice a los tripulantes: «Lo siento, pero hay uno que va a tener que tirarse». Y dice el francés: «Yo, por Francia, la Torre Eiffel y la Bastilla, me tiro de rodillas». Y se tira. El avión vuelve a estabilizarse, pero a la media hora o así el avión se

desestabiliza otra vez, sale el piloto de la cabina y le dice a los tripulantes: «Lo siento, pero hay uno que va a tener que tirarse». Y dice el español: «Yo, por España, el Real Madrid y el vino...

Pausa.

...a tomar por culo el chino».

AMPARO y MAGDALENA no hacen ni dicen nada.

Silencio.

En este edificio los ruidos y las conversaciones bajan por todas partes: el patio, los muros, las paredes... Hay días en los que las voces se cuelan, incluso, por las tuberías y los desagües. De quién creen, si no, que me aprendí los chistes.

MAGDALENA y AMPARO se miran entre sí.

Por cierto: si mi madre se acerca al perro de algún vecino y le pasa la mano por encima, no es porque quiera comérselo, es que le encantan los animales y lo está acariciando. No sé si entienden la diferencia. ¿O de verdad creen en todas esas cosas que van diciendo por ahí de nosotros?

No hay réplica.

Lo de los muertos, por ejemplo, esa leyenda de que nunca enterramos a nuestros difuntos. Qué piensan, ¿que es verdad o que es mentira?

MAGDALENA.— Oye, una cosa...

XIAOMEI.— No, contesten, creen que los enterramos, sí o no.

MAGDALENA y AMPARO.— ¿?

XIAOMEI.— Verdad o mentira.

No hay réplica.

Por probar no pierden nada. Vamos, digan algo.

AMPARO y MAGDALENA vuelven a mirarse, hasta que la primera, de repente, se pronuncia.

AMPARO.— Verdad.

MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— *a AMPARO* ¿Que los enterramos?

AMPARO parece que se lo piensa.

AMPARO.— Sí.

XIAOMEI.— Pues no, no es verdad.

AMPARO y MAGDALENA.— ¿?

XIAOMEI.— Es mentira.

Pausa.

A mi padre, por ejemplo, lo tenemos abajo sentado en una silla, dentro el congelador.

AMPARO y MAGDALENA abren los ojos como platos.

En el de la comida, no, en otro. Tenemos tres: uno está lleno de verdura, el otro de perros que vamos recogiendo por la calle y en el tercero está mi padre.

MAGDALENA.— *a AMPARO.* Ve y saca la tarta.

AMPARO, con los ojos como faros, se levanta de la silla, camina hasta la cocina y desaparece.

XIAOMEI.— Yo tenía seis años. Era Navidad, como ahora. Mi madre estaba cruzando por un paso de peatones, pero, al parecer, un coche no la vio y se le echó encima. Lo normal es que el coche se hubiese parado, pero no, aceleró y desapareció. Nadie vio quien iba dentro, pero yo siempre supe que la que conducía era usted.

AMPARO aparece en el salón sujetando la tarta en sus manos y se detiene en la puerta.

AMPARO.— ¿Apago las luces, enciendo la vela o cómo lo hacemos?

MAGDALENA se levanta de la silla.

MAGDALENA.— Trae, dámela a mí.

AMPARO le cede la tarta a MAGDALENA, que la agarra y, mirando fijamente a la SEÑORA WANG, le dedica una sonrisa mientras la posa en el centro de la mesa.

Felicidades.

XIAOMEI mira a AMPARO.

Silencio.

AMPARO.— Felicidades.

MAGDALENA.— Está bien. Nosotras ya hemos cumplido con nuestra parte, ahora te toca a ti.

XIAOMEI.— *a la SEÑORA WANG.* 大家说很高兴也很荣幸你能和她们一起住在这座楼里，成为她们的新邻居。 / Dà jiā shuō hěn gāoxìng yě hěn róngxìng nǐ néng hé tāmen yì qǐ zhù zài zhè zuò lóu lǐ, chéngwéi tāmen de xīn línjū.²³

SEÑORA WANG.— 这正是我要说的。 / Zhè zhèng shì wǒ yào shuō de.²⁴ *A MAGDALENA* 谢谢。 / Xiè xiè.²⁵ *A AMPARO* 非常感谢。 / Fēi cháng gǎn xiè.²⁶

²³ Dicen que es una alegría y un honor poder tenerte aquí viviendo con ellas en el edificio y que seas su nueva vecina.

²⁴ Lo mismo digo.

²⁵ Gracias.

²⁶ Muchas gracias.

XIAOMEI.— *a MAGDALENA y AMPARO* Enciendan la vela.

MAGDALENA.— *a AMPARO* Dame un mechero.

AMPARO.— Cerillas.

MAGDALENA.— Trae.

AMPARO le da a MAGDALENA una caja de cerillas. MAGDALENA abre la caja, saca una cerilla, la pasa por el raspador, pero ésta no se enciende. Entonces, agarra otra, lo intenta de nuevo, pero de la cerilla no sale llama ninguna.

El misto no enciende.

MAGDALENA le cede a AMPARO la caja.

Toma, prueba tú.

AMPARO.— Es por la niebla, que hace tanta una humedad, que no arrancan ni los coches.

AMPARO saca una cerilla, prueba, pero tampoco.

A mí tampoco me enciende.

MAGDALENA.— Ve a la cocina y busca un mechero.

AMPARO coge un mechero que hay en un cenicero cercano.

AMPARO.— No hace falta, hay uno aquí.

MAGDALENA.— Dame.

AMPARO le ofrece el mechero a MAGDALENA.

AMPARO.— Toma.

MAGDALENA arranca de las manos de AMPARO el mechero y enciende la vela.

XIAOMEI.— *a la SEÑORA WANG* 许个愿。 / Xǔ gè yuàn.²⁷

²⁷ Pide un deseo.

SEÑORA WANG.— 因为今天是我的生日？ / Yīn wéi jīntiān shì wǒ de shēngri? ²⁸

XIAOMEI.— 你不记得了吗？ / Nǐ bú jì dé le ma? ²⁹

La SEÑORA WANG intenta hacer memoria.

SEÑORA WANG.— ¿?

XIAOMEI.— 最终看到她们拿阿司匹林当借口下楼来，实际上那时她们想的是让你上去，给你一个节日惊喜。 / Zui zhōng kàn dào tāmen ná āsīpīlín dāng jièkǒu xià lóu lái, shíjìshàng nà shí tāmen xiǎng de shì ràng nǐ shàng qù, gěi nǐ yī gè jié rì jīngxǐ. ³⁰

SEÑORA WANG.— 那这节日惊喜太令人开心了。我想她们从未这样做过。 / Nà zhè jié rì jīngxǐ tài lìng rén kāi xīn le. Wǒ xiǎng tāmen cóng wèi zhè yàng zuò guò. ³¹

XIAOMEI.— 想好你的生日愿望没有？ / Xiǎng hǎo nǐ de shēngri yuànwàng méi yǒu? ³²

La SEÑORA WANG se lo piensa.

SEÑORA WANG.— 想好了。 / Xiǎng hǎo le. ³³

XIAOMEI.— 现在吹吧。 / Xiànzài chuī ba. ³⁴

²⁸ ¿Es que es hoy mi cumpleaños?

²⁹ ¿Ya no te acordabas?

³⁰ Al final se ve que bajaron con la excusa de la aspirina, cuando, en realidad, lo que querían era que subieras para darte una fiesta sorpresa.

³¹ Pues qué alegría de fiesta sorpresa. Creo que nunca me habían hecho ninguna.

³² ¿Has pensado ya tu deseo?

³³ Sí.

³⁴ Pues, entonces, sopla.

La SEÑORA WANG sopla la vela, la apaga y XIAOMEI aplaude. MAGDALENA y AMPARO contemplan la escena sin involucrarse.

XIAOMEI.— 许愿了吗? / Xǔyuàn le ma? ³⁵

SEÑORA WANG.— 恩，许了。 / ēn, xǔ le. ³⁶

XIAOMEI.— 这蛋糕真好看啊。你不觉得吗? / Zhè dāngāo zhēn hǎokàn a. nǐ bù juéde ma? ³⁷

SEÑORA WANG.— 恩，漂亮。 / ēn piàoliàng. ³⁸

A la luz de las bombillas intermitentes del árbol de Navidad, AMPARO y MAGDALENA contemplan la escena de la SEÑORA WANG sentada a la mesa frente a la tarta de cumpleaños que acaban de hacerle.

XIAOMEI.— Mi madre dice que son ustedes unas mujeres estupendas y que la fiesta está siendo maravillosa.

La SEÑORA WANG agarra un cuchillo que hay sobre la mesa y se pone de pie. Todas la miran en silencio. La SEÑORA WANG corta una porción de tarta, vuelve a sentarse y XIAOMEI se levanta.

A ver, preparen sus platos, que les vamos a servir.

XIAOMEI agarra el trozo de tarta cortado por la madre y se lo pone sobre su plato.

El primero para mi madre, que para eso es su cumpleaños.

³⁵ ¿Lo has pedido?

³⁶ Sí, lo he pedido.

³⁷ Qué bonita la tarta, ¿no te parece?

³⁸ Sí, es preciosa.

XIAOMEI.— *a la SEÑORA WANG* 第一块是给你的，妈妈，把盘子拿她这儿来。 / *Dìyī kuài shì gěi nǐde māma, bǎ pánzi ná tā zhèr lái.*³⁹

La SEÑORA WANG agarra el plato y se lo acerca a XIAOMEI, que lo coge y deposita en él un trozo de bizcocho.

SEÑORA WANG.— *a MAGDALENA* 谢谢，非常感谢。 / *Xièxiè fēicháng gǎnxiè.*⁴⁰

XIAOMEI corta otra porción de bizcocho.

XIAOMEI.— El segundo para la vecina del quinto.

XIAOMEI coloca la porción de bizcocho sobre el plato de AMPARO.

El tercero para usted.

XIAOMEI corta con el cuchillo otra porción de bizcocho, que deposita en un plato que le acaba de acercar MAGDALENA. Y éste para mí.

XIAOMEI se echa en su propio plato el trozo de bizcocho y se sienta de nuevo a la mesa.

请慢用。 / *Qǐng màn yòng.*⁴¹

SEÑORA WANG.— 请慢用。 / *Qǐng màn yòng.*⁴²

XIAOMEI.— Que aproveche.

MAGDALENA.— Que aproveche.

AMPARO.— Que aproveche.

³⁹ El primero es para ti, mamá, acércame el plato.

⁴⁰ Gracias, muchas gracias.

⁴¹ Que aproveche.

⁴² Que aproveche.

Las cuatro agarran las cucharillas a la vez y se disponen a comerse el bizcocho mirándose entre sí. Cortan con la cuchara a un mismo tiempo un trozo, se lo llevan a la boca y lo mastican. De repente, se va la luz.

MAGDALENA.— ¿Qué ha sido eso?

AMPARO.— Parece que se ha ido la luz.

MAGDALENA se levanta de la silla y se pone de pie.

MAGDALENA.— Voy a mirar. Quedaros aquí.

MAGDALENA se retira y desaparece. AMPARO, XIAOMEI y la SEÑORA WANG se quedan solas en el salón.

XIAOMEI.— a la SEÑORA WANG 她们在看发生了什么事。 / Tāmen zài kàn fāshēng le shénme shì.⁴³

SEÑORA WANG.— 又是我的生日？ / Yòu shì wǒ de shēngri? ⁴⁴

XIAOMEI.— 对，我想她们是要再给你一个惊喜。 / Dui, wǒ xiǎng tāmen shì yào zài gěi nǐ yī gè jīngxǐ.⁴⁵

MAGDALENA regresa al salón.

MAGDALENA.— El fusible no ha saltado. Coge el teléfono y llama a una vecina. Se ha tenido que ir en todo el edificio. Voy a buscar velas. No os mováis.

MAGDALENA vuelve a retirarse, AMPARO agarra el teléfono y la torre de cartas que había al lado se cae al suelo. XIAOMEI se pone de pie.

XIAOMEI.— Traiga, que le ayudo.

⁴³ Están mirando a ver qué ha pasado.

⁴⁴ ¿Es otra vez mi cumpleaños?

⁴⁵ Sí, yo creo que van a darte otra sorpresa.

XIAOMEI se agacha y se pone a recoger las cartas del suelo. AMPARO, con el teléfono en la mano, se queda pensativa.

AMPARO.— ¿Y a quién llamo yo ahora, si no me sé el número de nadie?

MAGDALENA vuelve con una linterna encendida y varias velas en la mano.

MAGDALENA.— No te preocupes por las cartas, tenía que haberlas puesto en otro sitio.

AMPARO.— ¿De qué tienes ahí tanto sobre?

MAGDALENA.— Del banco. De vez en cuando abro alguna, pero enseguida la vuelvo a cerrar porque no me entero de nada.

XIAOMEI, que acaba de recoger todas las cartas, se pone otra vez de pie.

XIAOMEI.— ¿Dónde las dejo?

MAGDALENA.— Ahí mismo, en ese hueco.

MAGDALENA pone la linterna sobre la mesa como si fuera una lámpara y le reparte a las demás mujeres unas velas. Ayudadme con las velas.

AMPARO agarra el mechero de la mesa y se lo cede a MAGDALENA, que enciende un par de velas y se lo pasa a sus vecinas.

Tomad.

Las vecinas cogen el mechero de manos de MAGDALENA y se ponen a encender sus respectivas velas, que van distribuyendo por el salón. MAGDALENA agarra el teléfono de manos de AMPARO y levanta el auricular.

A ver, que llamo yo.

MAGDALENA marca un número y la SEÑORA WANG la imita, hace como si ella marcara también en un teléfono imaginario.
¿? ¿Qué hace?

Todas miran a la SEÑORA WANG, que empieza a reírse.

XIAOMEI.— La imita. Cuando imita a alguien es porque le cae bien.

MAGDALENA.— ¿? Hola, ¿Rosa?

Pausa.

Sí, mira, soy Magdalena, de aquí, del décimo. Se me acaba de ir la luz y quería preguntarte si...

Pausa.

Ya.

Pausa.

No, el fusible no ha saltado, está en su sitio.

Pausa.

Ya.

Pausa.

No.

Pausa.

Pues, entonces, no sé qué será.

Pausa.

No hace falta, gracias.

Pausa.

Hasta luego, gracias.

Pausa.

Sí, sí. Adiós.

MAGDALENA cuelga el teléfono y se queda pensativa.

XIAOMEI.— Por cierto, aún no me he presentado. Me llamo Xiaomei, pero, al entrar al colegio, me lo cambié por Estrella. ¿Qué les parece?

No hay réplica.

El nombre, digo, ¿les gusta?

MAGDALENA.— Oye, mira, esto está empezando a complicarse, la luz se ha ido, tu madre se ha comido ya dos trozos de tarta y yo no veo ni gota.

AMPARO.— Sí, eso digo yo. ¿Vas a decirnos ya lo que tienes que decirnos o vamos a estar aquí plantadas como dos tontas hasta que tu madre se coma toda la tarta?

XIAOMEI.— *a MAGDALENA* En cuanto usted me diga que está preparada, yo no tengo el menor inconveniente.

Silencio.

MAGDALENA no hace ni dice nada. XIAOMEI sigue esperando.

¿Está preparada?

AMPARO mira a MAGDALENA, pero ésta no contesta.

Silencio.

¿Está preparada o no?

MAGDALENA no responde y AMPARO la mira extrañada.

AMPARO.— ¿Qué te pasa?

MAGDALENA no responde.

Te está preguntando, ¿por qué no le contestas?

XIAOMEI.— Porque no lo sabe. Ése es el problema.

AMPARO, que no entiende lo que ocurre, mira a XIAOMEI.

AMPARO.— ¿? ¿Que no sabe el qué? ¿Qué es lo que no sabe?

XIAOMEI.— Si está preparada o no.

MAGDALENA sigue saber lo que hacer o decir.

AMPARO.— ¿?

XIAOMEI.— *A MAGDALENA* Se lo comenté esta mañana, le dije: «me recuerda usted mucho al señor Ye», ese hombre que adoraba los dragones y que los tenía pintados por toda su casa, pero no me hizo caso y no pude terminar de contarle la historia.

AMPARO.— ¿Historia? ¿De qué historia hablas ahora?

XIAOMEI.— De la de un hombre que amaba los dragones. Y los amaba tanto que la noticia pasó de boca en boca, hasta que, un día, consiguió llegar a oídos del mismísimo rey de todos ellos, que, al enterarse, decidió ir a visitar al hombre que tanto lo adoraba. El problema es que, al llegar, como el dragón era tan grande y no cabía por la puerta, decidió meter la cabeza por una de las ventanas para asomarse al interior de la casa. Entonces, el señor Ye, al ver de repente la cabeza del dragón tan de cerca, tan grande y tan real, se aterrorizó y huyó no queriendo volver a saber nunca nada más de los dragones.

MAGDALENA.— ¿Te vas a poner ahora a contarnos un cuento de dragones?

XIAOMEI.— No. No es un cuento, es un proverbio.

MAGDALENA.— Un proverbio.

XIAOMEI.— Sí, y se lo cuento porque los dos, tanto usted como el señor Ye... temen conocer la verdad.

Pausa.

Aunque aparenten lo contrario.

Pausa.

AMPARO.— Déjate de rodeos y dilo ya. Es mi hija, ¿no?

XIAOMEI.— No, no es su hija.

XIAOMEI, con su dedo índice, señala en dirección a la foto que hay enmarcada en la mesita en donde estaban las cartas y el teléfono. MAGDALENA y AMPARO miran en la dirección a la que apunta el dedo de XIAOMEI sin entender nada.

Es ése de ahí

AMPARO y MAGDALENA quitan la vista de la foto y miran de nuevo a XIAOMEI.

El hombre de la foto.

AMPARO.— ¿? El de la foto no puede ser porque el de la foto es su marido y su marido hace ya dos semanas que se fue al extranjero por un asunto de negocios.

La SEÑORA WANG se levanta, agarra un pedazo más de bizcocho, se lo pone en el plato y empieza a comérselo.

MAGDALENA.— Sí, tienes que haberte confundido.

XIAOMEI.— No, no me he confundido, su marido no se ha ido a ninguna parte y usted lo sabe perfectamente.

AMPARO mira a MAGDALENA, que no hace ni dice nada.

AMPARO.— ¿?

XIAOMEI.— A su marido hace cuatro meses que lo despidieron, lo que pasa es que ha seguido haciendo como el que iba y volvía de trabajar.

AMPARO sigue mirando a MAGDALENA, que no pestañea.

Hace ya varias semanas, no pudo más con la presión, se inventó lo del viaje y se encerró dentro del trastero.

MAGDALENA, inmóvil, no hace ni dice nada.

Hasta donde sé, en unos días vendrán también a quedarse con su casa.

Silencio.

A MAGDALENA Según me ha comentado él mismo, intentó explicárselo varias veces, pero usted nunca quiso prestarle atención, como a mí con lo de los dragones y el señor Ye. Si al menos me hubiese escuchado o hubiese tenido el valor de abrir una de esas cartas, se habría dado cuenta usted misma sin necesidad de que yo se lo explicara. Los viajes de negocios no se hacen nunca por estas fechas, ni la luz se va sin que salten los fusibles, pero... Ya le dije que usted y el señor Ye se parecían mucho.

MAGDALENA no contesta.

De todas formas, si estoy aquí no es para recriminarle nada, sino porque quiero echarle una mano.

Pausa.

Me gustaría empezar a estudiar en la universidad, el problema es que para ir despejada a clase por la mañana, necesitaría descansar por la noche y...

Pausa.

Bueno, quiero decir que... si no tienen otro sitio donde meterse, y les apetece seguir viviendo los dos juntos... pueden quedarse en mi casa.

Pausa.

En principio no les cobraría nada. Eso sí, a cambio tendrían que ayudarme con el negocio de las cervezas.

Nadie dice nada.

Es fácil: sólo hay que comprobar el dinero, estar despierto por si tocan al telefonillo y controlar que haya siempre cerveza fría. Su marido dice que sí, que está de acuerdo.

MAGDALENA no hace ni dice nada.

Lo que no sé es lo que le parecerá a usted.

MAGDALENA no responde.

Los primeros meses seguro se les hace cuesta arriba, pero yo creo que juntos, y abrochándose un poco el cinturón, de aquí a unos años conseguirán salir adelante.

MAGDALENA, pensativa, mira el portarretratos con la foto del marido, camina hasta él, lo agarra y observa la foto atentamente.

Por cierto, feliz Navidad.

El portarretratos cae al suelo de manos de MAGDALENA y se hace añicos. Todas los miran en silencio. Hasta que MAGDALENA sale disparada rumbo al sótano.

Silencio.

A AMPARO Y usted no me mire así. Después de todo somos vecinas y las vecinas están para ayudarse...

AMPARO no hace ni dice nada.

¿No?

AMPARO mira en dirección a la puerta y sale corriendo de la casa. Cuando llega al ascensor, intenta abrirlo, pero no puede, está ocupado, así que baja corriendo por las escaleras. XIAOMEI, en el salón, camina hasta la puerta y la cierra; luego, se pone a recoger la mesa: quita los platos, sacude el mantel y se lo lleva a la cocina. MAGDALENA, que ya ha llegado al portal, sale del ascensor. AMPARO continúa bajando por las escaleras. XIAOMEI, en el décimo, coloca un sofá frente al ventanal y sienta a su madre en él con las piernas en alto. MAGDALENA comienza a bajar por las escaleras del portal al sótano. AMPARO llega al quinto, corre por el pasillo, abre la puerta de su casa y se encierra dentro. XIAOMEI, en el décimo, continúa recogiendo. MAGDALENA, que ya está en el sótano, avanza con torpeza por los pasillos como si fuera un

insecto atrapado en un recipiente de cristal. Curiosamente, su pelo ya no recuerda al de las reinas que de perfil figuran en la cara de las monedas, ahora, más bien, se parece a una flor marchita. AMPARO cierra con varias vueltas la puerta de su casa y, sin aire, se queda pegada a ella mientras se repone. XIAOMEI, en el décimo, agarra el árbol de Navidad y comienza a desmontarlo. MAGDALENA, en el sótano, se detiene frente a la puerta de su trastero. Toca y espera, pero no abre nadie. Así que vuelve a intentarlo, golpea la puerta una vez más, hasta que, de repente, ésta se abre sola, pero detrás no hay nada, sólo tinieblas. XIAOMEI, en el décimo, continúa desmontando el árbol de Navidad. MAGDALENA, en el sótano, se mete dentro del trastero y busca el interruptor. En el cuartucho comienza a oírse un sonido ancestral y telúrico, de cascabeles, viento y fuego, muy parecido al que hacen las culebras o los abejorros cuando van en bandada. MAGDALENA encuentra por fin el interruptor, lo acciona y la luz del trastero se enciende. Dentro, colgando de una cuerda que hay anudada al techo, hay un hombre envuelto en una manta. MAGDALENA, al verlo, grita horrorizada, y el grito comienza a subir como la espuma desde el sótano hasta la azotea, retumbando como una pelota de ping pong contra todos y cada uno de los muros del edificio. AMPARO, dentro de su casa, se tapa los oídos. XIAOMEI, que estaba desmontando el árbol en el décimo, se queda quieta. Las luces del sótano se funden y todo el edificio se queda a oscuras. Todo menos una lamparita y el televisor del décimo, que se encienden solos. El árbol de Navidad ya no está. Tampoco la SEÑORA WANG. Enfrente del televisor está sentada XIAOMEI, en pijama, viendo el cierre de las noticias, en donde, como de costumbre, dan el pronóstico del tiempo. La puerta sigue cerrada.

INFORMATIVOS.— Las temperaturas continúan descendiendo en esta atípica, pero cada vez menos sorprendente jornada meteorológica en la que la extraña formación de niebla persiste como viene siendo habitual desde que entró el año nuevo. Este particular océano gris sigue expandiéndose a toda velocidad, mientras que la Agencia Estatal de Meteorología del Gobierno alerta una vez más del peligro que está suponiendo para muchos ciudadanos la reducida visibilidad ocasionada por este fenómeno que se niega a abandonarnos. Se calcula que, a día de hoy, más de un tercio de la población ha comenzado a padecer síntomas de ansiedad debido a la confusión y a la alta dificultad que está suponiendo para muchos salir a la calle y orientarse, ya que, después de tantos días de niebla muchos de nosotros hemos empezado a confundir las noches con los días y los días con las noches. Para esto se está desarrollando un plan de emergencia y se ha creado un número de teléfono al que pueden llamar todos los afectados que necesiten ayuda o requieran cualquier tipo de información. El Ministerio de Medio Ambiente desaconseja circular con cualquier tipo de vehículo y advierte de que, hasta que el anticiclón remita, tendremos que ir acostumbrándonos a la oscuridad. Hasta mañana y buenas noches.

XIAOMEI agarra el mando a distancia y apaga el televisor. Hace lo mismo con la lamparita y todo se queda a oscuras. En penumbra, y con el pijama puesto, sale de la habitación y camina por el pasillo de la casa hasta que llega al dormitorio de MAGDALENA. Allí enciende otra lamparita, se mete dentro de la cama y se tapa con el edredón. Luego saca

una mano, alcanza el interruptor, apaga la luz y todo vuelve a quedarse a oscuras.

CONTINUARÁ...

Nota del autor

Bien pudiera ser que, en la calle, MAGDALENA estuviera esperando a que salieran los espectadores para venderles latas de cerveza fría a un euro.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA